

respuesta á las objeciones profundas sentencias sobre las cuales un espíritu reflexivo puede componer todo un discurso.

Resumiendo, si queréis ser buenos predicadores, sed buenos teólogos, y ganaréis no sólo elevación de pensamientos, solidez de raciocinio, seguridad de doctrina, sino también perfecta exactitud de lenguaje que os permitirá, aún en los más fogosos transportes de elocuencia, no hacer nunca traición á la verdad, como desgraciadamente sucede á más de un orador sagrado.

Llamado á Roma un predicador de fama para predicar una serie de sermones en la iglesia de San Luís de los Franceses, fué á oírle el Secretario del Índice, amigo suyo, no tanto para fijarse en su doctrina como por el atractivo de su elocuencia. Terminado un sermón, le preguntó el orador jocosamente si había alguna herejía que perseguir. «Nada menos que seis, respondió sonriendo el sabio oyente. De seguro que no existen en su corazón, pero estaban de cuerpo entero en su palabra. Corríjalas y queda V. perdonado.»

Si el ilustre orador hubiera sido buen teólogo, fuera irreprochable en su lenguaje como en su fe.

CAPÍTULO III

CIENCIA SAGRADA.—AUXILIARES

Decimos que el predicador debe ser buen teólogo; y no lo será, si no emplea discretamente los servicios de las ciencias subalternas cuya reina es la Teología.

«La ciencia sagrada, dice Santo Tomás, es sabiduría sobre todas las sabidurías humanas; lo es, no en tal ó cual género, sino simplemente en el sentido más alto y más propio. El sabio dispone, ordena, juzga. Juzga de las cosas inferiores por una causa superior: por eso llamamos sabio, en cada género, al que considera la causa más elevada de ese género. El arquitecto es sabio respecto á los obreros y operarios que trabajan y preparan los materiales de un edificio, pues él ha visto su forma en su propia inteligencia. Si consideramos la vida humana, es sabio el hombre prudente, que dispone y ordena sus acciones al fin que le es conveniente. Luego aquel que considera la más alta de todas las causas, que es Dios, puede lla-

marse sabio por excelencia. Ahora bien, la ciencia sagrada se ocupa especial y propiamente de Dios, causa suprema, y no sólo en cuanto se da á conocer por las criaturas visibles de este mundo, sino en cuanto conocido de sí mismo y comunicado por la revelación. Es, pues, la ciencia sagrada sabiduría por excelencia, suma sabiduría» (1).

Sentada á los pies de Dios, que la inspira y dirige, preside á todas las ciencias, es su señora y su reina. Ninguna se sustrae á su real dominio: Filosofía, Historia, Física, Política, Sociología, Economía, todo lo corrige y dispone, de todo se sirve para afirmar y confirmar su autoridad. Ella corrige; pues con harta frecuencia tienden las ciencias inferiores á salir de su esfera natural é invadir la esfera sagrada que Dios se ha reservado. Pero si la Filosofía, con altivas especulaciones, deprava la noción del ser divino y de sus relaciones con el mundo; si la Historia interpreta los sucesos en detrimento del gobierno providencial y de su carácter sobrehumano; si la Física con temerarias afirmaciones fundadas en observación inatenta y defectuosa de los fenómenos, pervierte el orden de la creación y pretende hurtar la naturaleza y sus leyes á la libre intervención del poder divino;

(1) *Summ. Theol.* I. p. quæst. I, a. 6.

si la Política con manos ambiciosas trata de tomar las riendas de la conciencia humana y encarnar el sacerdocio en la realeza; si la Economía, sin más preocupación que la materia, tiende á sustituir el bienestar del cuerpo á la felicidad del alma, el tiempo á la eternidad: allí está la ciencia teológica; sus inmutables principios sirven de base para juzgar las conclusiones de las demás ciencias, y de azote para reducirlas al círculo natural de sus investigaciones.

Mediante la controversia religiosa, destruye las objeciones del error, en cualquier modo que este ataque á los principios de la fe y á sus legítimas conclusiones. Tolerante y fácil con las opiniones libres, muéstrase rígida y exigente para cuanto, en las ciencias humanas, contradice á los sagrados principios cuya defensa se le ha confiado. En guardia á las puertas del templo en que mora Dios, oculto con el velo del misterio, espera con la espada de la dialéctica á la turba de objeciones para debelarlas; porque una solemne declaración de la Iglesia le ha enseñado que las objeciones de la herejía y de la incredulidad son todas humildes mortales; y que ningún argumento contrario á las verdades de la fe puede subsistir sea cualquiera su procedencia, pues todas tienen solución: *Cum omnia solubilia sint* (1).—

(1) Quinto concilio de Letrán.

Contra la herejía que reconoce el hecho de la revelación, invoca la autoridad de la palabra de Dios. Contra la pretendida incredulidad científica que impone al mundo filosófico, histórico y físico injustas exigencias para socavar la base misma de nuestros dogmas, demuestra la vaciedad de los argumentos evocados contra las pruebas auténticas y evidentes del hecho de la intervención visible y manifiesta de Dios en la vida religiosa de la humanidad; si la incredulidad, vencida en el terreno de los hechos, acude á las ideas, y protesta contra la palabra de Dios, á nombre de los absurdos que en los principios mismos de la fe pretende descubrir la Teología, á la vez que rehusa una demostración directa de esos principios, que no debe á nadie, reta á la incredulidad á señalar la repugnancia en la fórmula de los misterios é indicarnos una proposición de fe que clara y precisamente niegue lo que afirman las verdades naturales, sean estas secundarias, contingentes y dependientes de un orden específicamente determinado por Dios, ó primitivas, eternas y necesarias.

Ni sólo corrige la ciencia sagrada á las ciencias subalternas; también las gobierna: esto es, las hace remontarse á los más altos principios, y las dirige al supremo fin de toda ciencia.—Al filósofo que laboriosamente llega al conocimiento

de Dios, de su providencia y perfecciones, que no ve en el alma humana más que una sustancia simple, inteligente y libre, que instruído por la insubsistencia de lo terreno, coloca la felicidad allende este mundo, la ciencia sagrada le muestra como vive Dios en la intimidad de su esencia, como es Padre; como sin multiplicar su naturaleza engendra una persona, viva y perfecta imagen de su sustancia, su eterno Hijo; como de Padre é Hijo procede el amor vivo, ó Espíritu Santo que acaba las misteriosas evoluciones de la vida divina; ella le revela la vida superior en que anega al alma humana la gracia que á Dios la une y comunica á sus facultades y á sus obras dignidad en algún modo infinita; ella abre el Cielo cuya felicidad consiste en la esencia divina á placer poseída por el alma gloriosa.—Al historiador que contempla la sucesión de las edades, de las sociedades y de los imperios, y en ella vagamente descubre la conducta de Dios sobre los destinos humanos, la ciencia sagrada le indica el punto central de los siglos, la plenitud de los tiempos, el eje del mundo histórico, el Verbo encarnado; á este ha de volver sus miradas, ya que á El convergen todos los acontecimientos, y en torno suyo se mueven; llenas están las edades de su divina presencia.—Al físico que á los cielos se lanza y desciende á las entrañas de la tierra, á quien el mundo sideral, el hom-

bre, los animales, las plantas, el curso de las aguas, las admirables alteraciones del mar, las capas del globo, el fuego subterráneo, los elementos, las fuerzas, los movimientos de la gravitación y de la generación cuentan la gloria de Dios; la ciencia sagrada le hace admirar en el mundo sobrenatural los tipos eternos de todo ser, de toda vida, de toda ley, de todo orden y armonía; le enseña que toda la naturaleza ha sido lavada y purificada en la Sangre de Cristo; que la sublime arquitectura del cuerpo humano, destruída por la muerte, será un día restaurada por el soplo de Dios; que mundos y espacios glorificados serán patria de la humanidad arrancada á los horrores del sepulcro.—Al político que, si no ha olvidado que todo poder viene de Dios y debe imitar en la tierra su paternal providencia, prepara la felicidad de los pueblos con la paz, y la paz con una legislación no menos benéfica que vigorosa, la ciencia sagrada le muestra la mano de la Iglesia, que ha de tomar con respeto y confianza, pues sin ella, sin su alta dirección sobre las conciencias humanas, no hay salvación para los pueblos.—Por fin, enseña la ciencia sagrada, al economista que quisiera convertir la tierra en paraíso, á no limitarse á los fríos cálculos de la filantropía, sí que también á inspirarse en la justicia cristiana y en la caridad.—A las ciencias, á las

artes é industria, hijas de las ciencias, clama la ciencia sagrada sin cesar: *¡Sursum!* ¡más alto! ¡más arriba de la belleza creada y del progreso terreno! ¡Subid! hasta Dios, hasta Cristo, hasta sus Santos, ideal de la belleza, hasta la salvación del género humano, hasta el Cielo, término de todo progreso.

Aunque permanezcan sordas las ciencias humanas á este llamamiento, no serán menos siervas de la ciencia sagrada. Ella sabrá percibir sobre sus trabajos el impuesto que necesita para afianzar su propia autoridad y sostener el honor de su gobierno; ella las obligará á tributar gloria y homenaje á los pies de Dios. Platón, Aristóteles, Tácito, Suetonio, Plinio, Hipócrates, Galeno, Ptolomeo, todos los antiguos, pero más aun los modernos, allegarán sus más preciosos bienes al tesoro teológico. Las reglas del raciocinio, las intuiciones de la inteligencia humana, las fechas, monumentos, manuscritos, los descubrimientos astronómicos, geológicos, físicos, anatómicos, fisiológicos, los códigos, los cálculos económicos, servirán á la fecundación de los principios teológicos al establecimiento del Cristianismo, á la confirmación de los Libros Santos, elucidación de los misterios, desarrollo de la casuística, aplicación de la caridad en las obras públicas. Después de trabajar por propia cuenta, se admirarán multitud

de sabios, viendo que han preparado como humildes obreros, los materiales del templo intelectual que la ciencia teológica construye al Dios de santidad; que, después de todo, el Cristianismo no es simplemente un sistema, sino un hecho; que la Escritura prevalece y sus palabras se confirman á medida que se depuran los misterios de la naturaleza y se ilumina la historia; que la ley evangélica ha transformado el derecho social, y que en toda especulación humanitaria, hay que atender á las nativas miserias, pasiones, vicios, virtudes y sobrehumanos recursos cuya naturaleza, orden y efectos define la doctrina sagrada con maravillosa precisión.

De estas consideraciones sobre el predominio y oficio de la Teología frente á las ciencias subalternas, concluiréis, amados míos, que es reprochable el aislamiento en torno de las fuentes puramente sagradas, debiendo extender vuestros estudios á todos los conocimientos capaces de fecundizar vuestra enseñanza apostólica y hacerla interesante, útil y saludable á las almas que evangelicéis.

Adquirid, en primer lugar, sana y vigorosa Filosofía: «Es la Filosofía, dice el Sumo Pontífice León XIII en una de sus mejores encíclicas, en cierto modo regla de las demás ciencias» (1). Dis-

(1) Encyclic. *Aeterni Patris: De colenda sancti Thomae philosophia*. (4 Aug. 1879).

pone para la fe sentando las primeras verdades que preparan al hombre para someterse á la autoridad de Dios revelador. Ayuda á la Teología en la ilustración de los misterios y coordinación de los dogmas, y así le da carácter de verdadera ciencia. En fin, le da armas para la defensa de las verdades divinas á su depósito confiadas. Lo cual resume S. Agustín en estas palabras: *Per eam fides saluberrima gignitur, nutritur, defenditur, roboratur* (1).

Todos los grandes apologistas y defensores de la fe han sido filósofos; mas el príncipe de los filósofos cristianos, es el llamado Angel de las Escuelas, Santo Tomás de Aquino. «Respetuoso con los doctores antiguos, dice Cayetano, puede afirmarse que heredó la inteligencia de todos. Ha recogido sus doctrinas como miembros dispersos de un mismo cuerpo, y reunidas las ha clasificado en admirable orden y enriquecido, de forma que justamente se le considera como especial defensor y ornamento de la Iglesia.

«De entendimiento abierto y penetrante, memoria fácil y segura, perfecta integridad de costumbres, sin más amor que el de la verdad, rico en ciencia divina y humana, con razón comparado al sol, enardece la tierra con la irradiación de sus virtudes, y la llena del esplendor de su doc-

(1) De Trinit., XIV, 1.

trina. No hay parte de la Filosofía que no haya tratado con tanta penetración como lucidez: las leyes del raciocinio, Dios y las sustancias incorpóreas, el hombre y las criaturas sensibles, los actos humanos y sus principios son sucesivamente objeto de la tesis que sostiene, en las cuales nada falta, abundancia de razones, orden armónico de las partes, excelente procedimiento, solidez de los principios, fuerza de los argumentos, claridad de estilo y propiedad de expresión, profundidad y desembarazo con que resuelve los puntos más oscuros.

• Añádase que el Doctor Angélico ha considerado las condiciones filosóficas en las razones y principios de las cosas; y la extensión de estas premisas y las verdades que en germen contienen dan á los maestros de las edades posteriores amplia materia para útiles desarrollos en ocasión oportuna. Empleando, como lo hace, ese mismo procedimiento filosófico en la refutación de los errores, consigue el gran Doctor el doble resultado de rechazar, él solo, todos los errores de los tiempos precedentes y dar armas invencibles con que disipar los que hayan de producirse en lo futuro (1).

Tal elogio tributa la Iglesia, por boca de su

(1) Encyclic. sup. cit.

augusto Jefe, al que debéis tomar por maestro de Filosofía. Elevaos con él á las alturas de la Metafísica, contemplad con él la causa de las causas y las verdades eternas, pero, sobre todo, leed con él ese libro tan interesante de la naturaleza humana. Os dirá de que elementos se compone, como se relacionan, cual es el poder creador del alma, el juego de sus más altas facultades, la influencia del cuerpo, la utilidad de los sentidos, instintos, pasiones y hábitos, cuales las reglas divinas y humanas que presiden á todo nuestro ser; cuanto en vosotros mismos podáis experimentar, hasta que, con la práctica del sagrado ministerio, extendáis más adelante vuestra experiencia á otras naturalezas, caracteres y vidas. Aprended, en suma, de él á razonar con precisión y nervio; que lo necesitaréis, como ya os he dicho, para fecundar los principios de la fe, y más aún para defenderlos del error.

En todas las edades cristianas, ha respondido la controversia religiosa á las provocaciones de los disidentes, pero Santo Tomás es el mejor capitán que en todo tiempo ha defendido, con ayuda de la razón, los principios revelados. Sus tesis, si bien calcadas en antiguos moldes, revelan su genio militar y el admirable poder de instrucción que poseía. Hay que atravesar primero por entre el ejército enemigo de las objeciones

para llegar á la plaza. Los batallones contrarios son á menudo tan fuertes, y tan terribles sus máquinas de guerra, que parece peligrar la proposición sitiada. Mas alrededor de ella, ¡qué trincheras tan profundas! ¡Qué baluartes y murallas! En su interior, ¡qué multitud de argumentos! Y visto todo, ¡qué granizo de saetas! ¡Qué manejo de espada! ¡Qué derrota y fuga de enemigos! Cuando los obispos griegos, reunidos en el concilio de Florencia, oyeron su propia refutación, preguntaron admirados de que arsenal procedían dardos tan poderosos como los que usaban los Padres latinos; y oyendo pronunciar el nombre de Tomás de Aquino, quisieron tener las obras de este vertidas á su lengua. Más tarde, un miserable apóstata, Bucero, trémulo al solo recuerdo de las tesis estudiadas en su juventud, exclamaba: «Quitad á Tomás, y destruiré la Iglesia: *Tolle Thomam, et dissipabo Ecclesiam.*»

Ni Lutero se creía más seguro. Se subleva contra la escolástica, la injuria y la maldice; y esta preocupación y este pánico han pasado al alma de los que hoy saludan al fraile alemán cual precursor del librepensamiento. Odian la edad bárbara que tanto se ocupaba del valor de los términos, de la exactitud de las proposiciones y de las leyes de argumentación. La escolástica, dicen, fué un abuso, loor á los genios que nos han libra-

do de su método y de sus procedimientos. Aun dados tales abusos, ¡síguese que el método y proceder escolástico nada valgan, ni hayan servido poderosamente á la fe de sus controversias? «Podrá un loco, dice en alguna parte el Conde de Maistre, arrancar con un cabrestante las berzas de su huerta; mas no por eso dejará de ser el cabrestante una poderosa máquina.» Desengañaos, no quieren la escolástica porque temen su franqueza é implacables revelaciones. Ella ha conservado y perfeccionado el arte heráldico del raciocinio, que advierte á las proposiciones el vicio de su unión, y á las conclusiones la ilegitimidad de su nacimiento. Ha conservado y perfeccionado el escalpelo que nos hace ver, bajo la engañosa armonía de los períodos, no la sólida y pura sustancia de la verdad, sino el vacío y corrupción del sofisma. Ha conservado y perfeccionado el instrumento de tortura que atormenta al error y le arranca penosas confesiones. En consideración á estos servicios, amad la escolástica, su método y procedimientos, como el gran maestro á cuya fiel imitación aspiráis.

Después de aprender de él á razonar exacta y vigorosamente, para fecundizar y defender las santas verdades, objeto de la ciencia sagrada, no olvidéis que la Religión divina, que os destina

para ser apóstoles suyos, no es sólo un conjunto de principios revelados y de dogmas definidos, es un hecho tan viejo como el mundo. «La santa Iglesia Católica es, en frase de San Epifanio, el principio de todas las cosas» (1). La antigüedad ha preparado su definitivo establecimiento, y desde la aparición de Cristo prometido al mundo, cabe la cuna de la humanidad, se ha desarrollado en medio de los múltiples sucesos que forman la trama de la historia. Debéis conocer los diferentes aspectos y peripecias de este hecho divino, de este hecho de todos los tiempos, para poder demostrar y defender su verdad, y más cuando contra él conspiran más que nunca los errores é imposturas históricas. No se os pide que salgáis eruditos como los que hacen de la historia objeto único de sus estudios, sino que os pongáis al corriente de los puntos controvertidos de la Historia Sagrada, de los descubrimientos modernos que confirman relatos bíblicos y evangélicos, de los documentos históricos que justifican á la Iglesia de las acusaciones que le dirigen lo mismo las sectas enemigas que los patronos de la incredulidad y del librepensamiento. Sin necesidad de remover el polvo de viejos pergaminos y antiguos códices, ni de emprender

(1) San Epif., *Contr. los Herej.*, I, v.

dilatados viajes y largas investigaciones, aprovechad el trabajo de sabios acreditados que, en revistas interesantes y sólidas obras, han puesto en claro todas las dificultades que atañen al hecho divino cuya buena nueva llevaréis á los pueblos con vuestras predicaciones. «En el momento en que de todas partes surgen encarnizados enemigos contra la sagrada palabra, dice el abate Vigonroux, ha suscitado Dios nuevos é inesperados testigos. Queríase sorprenderla, mediante anales antiguos, cavando las entrañas de la tierra é invocando contra ella la Geología, Paleontología y Filología; Dios ha hecho hablar á los nuestros, y han dado testimonio de la verdad.» «Hemos cotejado con documentos auténticos de orillas del Eufrates y del Tigris, lo mismo que del Nilo, todos los detalles, aún los más nimios, que leemos en los Libros Santos, hasta los que se dan de pasada y casi por inadvertencia del autor, y siempre que el cotejo ha sido posible, la asiriología y egiptología nos responden: La Biblia dice la verdad. Cítesenos un solo historiador de la antigüedad que así pueda triunfar del riguroso interrogatorio que le hará sufrir la crítica moderna. Muchas veces se ha probado á debilitar la autoridad de los escritores sagrados, sirviéndose contra ellos de los historiadores antiguos; y ya se ha visto, siempre que entre unos y otros hay

desacuerdo, resultan engañados los escritores profanos y victoriosa la Biblia» (1). Lo que el abate Vigouroux dice de la Biblia, podemos decirlo del Evangelio y de la historia de la Iglesia.

Al estudio de la historia, añadiréis el de las ciencias naturales.—«Nuestros padres han comprendido la utilidad, para el filósofo, de sondear atentamente los secretos de la naturaleza y emplear largo tiempo en el asiduo estudio de las cosas físicas. Así lo hicieron ellos. Santo Tomás, el Beato Alberto Magno y otros príncipes de la escolástica no se engolfaron tanto en la contemplación de la Filosofía, que no procurasen con ardor el conocimiento de la naturaleza. Aún más, en este orden hay no pocas de sus afirmaciones y principios, que los actuales maestros aplauden y celebran. Además, en nuestra misma época, doctores ilustres en las ciencias físicas, pública y abiertamente declaran que entre las conclusiones recibidas y ciertas de la Física moderna y los principios filosóficos de la Escuela, no existe en realidad contradicción alguna» (2).

Pero al lado de estas eminencias, ¡cuántos espíritus, esclavos de la preocupación, explotan las ciencias naturales en favor de la incredulidad

(1) *La Bible et les découvertes modernes*, conclusión.

(2) *Encyclic. sup. cit.*

y pretenden aprisionar la verdad en el estrecho círculo de la experiencia física! Contra esas pretensiones, debéis hallaros dispuestos á probar científicamente que la ciencia exagera su poder y sus derechos y que ninguno de sus descubrimientos definitivamente adquiridos es, ni puede ser, contrario á las verdades superiores que la sana razón y la fe nos enseñan.

Armados de la ciencia para combatir las orgullosas é injustas pretensiones de los sabios, la emplearéis, como en el capítulo precedente os decía, para ilustrar los dogmas, y para conducir suavemente las almas desde las bajas regiones donde los sentidos se alimentan de imágenes, donde revoletean los fantasmas de la imaginación, á las regiones trascendentales donde la inteligencia contempla las leyes, las causas, la verdad pura. Estudiando la naturaleza, hallaba Santo Tomás las ingeniosas y vivas comparaciones que ilustran sus demostraciones más metafísicas. Nuestro siglo excede al suyo en descubrimientos científicos y nos da más luces para ilustrar los misterios de la acción de Dios en el mundo y en las almas, de la vida del hombre y de sus actos.

Procurad también conocer las ciencias sociales cuanto precisa para que podáis someter los sistemas de nuestros modernos políticos y filántro-

pos al criterio de los principios evangélicos de orden, de paz, de libertad, de justicia, de caridad, que son ley de vida para toda sociedad humana.

Bien lo véis, hay vasto campo abierto á vuestros estudios, del lado de las ciencias humanas como de las divinas; aunque no sea cosa de andar todo en vuestros cortos años de formación y aprendizaje. Sólo una cosa os pido: que durante ese tiempo toméis afición al estudio y generosa y firme resolución de aprender todos los días de vuestra vida. Comenzad desde jóvenes la selección y provisión de notas y datos que con el tiempo serán vuestro granero de abundancia. Leed, meditad, escribid mucho; de todo lo que os llame la atención en vuestros estudios, de todo pensamiento nuevo, original, espontáneamente nacido en vuestros espíritus al contacto de otros pensamientos, con ocasión de sucesos importantes ó ante un espectáculo conmovedor, formad colecciones bien clasificadas y ordenadas á donde acudiréis cuando sintáis languidecer la virtud creadora de vuestra inteligencia, cuando necesitéis nutrir y adornar las instrucciones que el pueblo cristiano espera de vosotros. Recordar una vez más, y aplicaos lo de S. Bernardo: «Llenarse primero, para poder dar de lo que abunda: *Implere prius, et sic curate effundere.*»

CAPÍTULO IV

MODELOS DE ELOCUCIÓN SAGRADA.—LA ESCRITURA

Os habéis dedicado al estudio de la ciencia sagrada, y sin que la poseáis por completo, os supongo en disposición de comunicar á otros parte de vuestro tesoro. Esta comunicación se hace por la palabra; y tenéis que saber hablar.

Como todas las artes, el de la palabra requiere aprendizaje, y este supone conocimiento de las reglas y estudio de los modelos.

Las reglas las enseña la Retórica, y no hemos de volver aquí sobre ellas. Son muy útiles; no obstante «sin ella, dice San Agustín, he conocido hombres más elocuentes que la mayor parte de los que las habían aprendido, pero no he visto á nadie que fuese elocuente sin haber leído ú oído la palabra de los buenos oradores» (1).— Aficionaos al estudio de los modelos; y ya que

(1) *Sine praeceptis rhetoricis novimus plurimos eloquentiores plurimis qui illa didicerunt; sine lectis vero et auditis eloquentium disputationibus vel dictionibus, neminem.* (De Doctrina christiana, l. IV, III.)